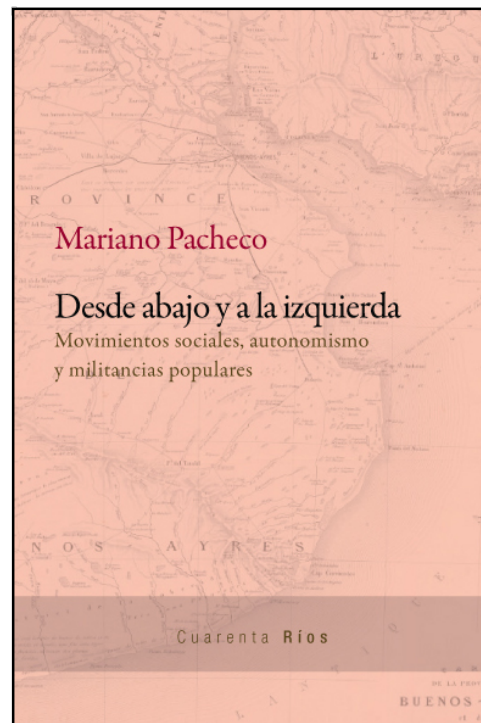


Reseña de *Poética de la derrota. Sobre Desde abajo y a la izquierda. Movimientos sociales, autonomía y militancias populares* de Mariano Pacheco

Por Emiliano Scariacaciottoli

Pacheco irrumpe en la escena del ensayo argentino para molestar. Es un molesto. No hay instancia en la cual haya intervenido (el movimiento piquetero, la biografía de Darío Santillán, su lectura quilmeña de Deleuze y Guattari, los montoneros silvestres, solo por nombrar algunas que ya han trascendido las enseñanzas del 2001 y Puente Pueyrredón) y le lluevan predicativos subjetivos por derecha o por izquierda. La banda de fondo con la que ha cruzado el charco del ensayo político, cultural, literario es la del “no”. Como dice el Ruso Vereá, “el rock es NO”. Y Pacheco siempre juega con el descreimiento de las tesis que firman la historia mayúscula, la de los manuales, la de los documentos orgánicos partidarios, la del marxismo y la del peronismo: sus dos grandes relatos de encono simbólico con el cual puede leer, majestuosamente, el presente continuo de los sectores más postergados, pero más activos, de la sociedad argentina y latinoamericana. La estética de la repugnancia (una estética grindcore), es decir, de lo que no se puede leer o, peor aún, no se quiere leer. Corrosivo para la universidad, incómodo para la ortodoxia peronista, irritante para la agenda de la izquierda trotskysta, ese es Pacheco. La mosca.



Cuarenta Ríos publicó en 2019 *Desde abajo y a la izquierda. Movimientos sociales, autonomía y militancias populares*, libro que tuve el agrado de presentar en el El Exploratorio Cultural, ex Laboratorio Roux-Ocefa (recuperado por sus trabajadores). ¿En qué contexto se

inscribe este ensayo? Intuyo que más allá de los tiempos editoriales, lo que Pacheco intenta recuperar es una hipótesis que explique no solamente el macrismo-cultural (las “vidas de derecha” que tan bien caracterizó Silvia Schwarzböck) y, al mismo tiempo, las contradicciones de las “vidas de izquierda”, de aquellas que se repliegan o se expanden (el diafragma de las contradicciones de la clase trabajadora argentina post argentinazo). Enseñanzas de la lucha en las calles que va, al mismo tiempo, dejando categorías de soporte de proyectos con los que -más/menos- nos vamos peleando aquellos que no guardamos las banderas. Sobre este último punto, recuerdo entrar al Centro Cultural de la Cooperación como becario allá por 2008 y entender por qué Pacheco era mala palabra entre la santidad de la transversalidad. Los tiempos de esas “vidas de derecha” ayudan a agilizar ciertas contradicciones y no darnos posibilidad de cruzarnos de calle con nuestra bandera. El macrismo hizo de esa plaza hermosa de diciembre de 2017 un campo de batalla donde los infantilismos de izquierda(s) no tuvieron lugar: “Las palabras y las flores/nada pudieron cambiar/es el momento de luchar” (V8, “Tiempos metálicos”, Luchando por el metal, 1983).

En el prólogo “Notas para una genealogía insurreccional”, Diego Sztulwark (el interlocutor que utiliza Pacheco para oxigenar el texto y para recuperar debates que me recordaron al procedimiento de Hofstadter en Gödel, Escher, Bach: un eterno y grácil bucle o a los *excursus* de Agamben) propone entrar a las tesis de Pacheco pensando las formas de vida post dictatoriales “en un mundo post-histórico”. La categoría, pensar la post-historia, es diametralmente opuesta a la propuesta de Pacheco desde grado cero del texto. Para Pacheco, los fines de la historia, parafraseando a Perry Anderson, son las suspendidas potencias de la clase trabajadora a la hora de gravitar sobre las sociedades enmarcadas en democracias burguesas. Las “vidas de izquierda”, que para Pacheco y Sztulwark, irrumpen entre 1996 y 2002 vía “la herramienta piquetera” (Manos de Filippi dixit) crearon una contracultura. Esta caracterización de Sztulwark también entra en contradicción con lo que Pacheco plantea respecto de V8 y el punk -dos campos de enunciaciones anti-imperialistas vitales para entender la resistencia al menemato. En todo caso, habría que pensar en una subcultura (citando el concepto de Hebdige que usamos en el GIIHMA y que Pacheco recupera de nuestro *Se nos ve de negro vestidos. Siete enfoques sobre el heavy metal argentino*). Sin embargo, Sztulwark acierta en señalar la necesidad de reinventar la izquierda argentina (más allá de la tradición autonomista) con un ojo retrospectivo en el ejemplo de la experiencia zapatista en Chiapas: “La precisión de la investigación de Pacheco (las secuencias fechadas, los escenarios localizados -dice Sztulwark- no surge del puntillismo académico sino de una necesidad profunda: la magnitud de la ruptura, el potencial del acontecimiento 1994-2001” (p.13). Asimismo, es fundamental pensar ese período insurreccional que potenció el autonomismo, un debate tajante con la propuesta de Elsa Drucaroff en *Los prisioneros en la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*: hay vida después de los setenta, y hay militancia. Y esa militancia no debe ser subsidiaria de su propia historia genética. Es la propia clase la que reinventa sus métodos, sus formaciones discursivas, sus horizontes. Pacheco conmuta los “pibes silvestre” de aquella experiencia de lucha armada por los “pibe Tigre” de Ricardo Iorio. De los barrios más lúmpenes,

sí. De allí, la militancia de la noventa (la de Pacheco, la mía, la de tantos compañeros) gestó su carta de resistencia cuando los sindicatos se desmovilizaron. Elevar la experiencia de los MTD fue, de algún modo, una vena que conecta directamente con el precariado, concepto made in Pacheco para explicar el motor de las economías y las militancias populares, sobre todo después del 19 y 20 de diciembre. De fondo, no solo suenan V8 y Los Violadores, en la escritura de Pacheco también suena Toni Negri. El propio Sztulwark formó parte de una entrevista maravillosa que le hizo el Colectivo Situaciones a Negri en 2001 y que arrojó la posibilidad de entender la nueva política de organización del movimiento obrero (europeo, claro) como una “fábrica difusa”. Las analogías serían peligrosas, pero evidentemente la intervención de Negri pensando en los trabajadores que no estaban en la fábrica (am phantasma) fue útil a la hora de hacer un croquis de los MTD. ¿Qué política había que tener para intervenir en la vida de esos trabajadores? ¿Qué balance real hacemos de la experiencia autonomista de muchos movimientos que desde el argentinazo pensaron en el piquetero como un sujeto social, y que tanto traumó a la izquierda trotskysta?

“Pacheco siempre juega con el descreimiento de las tesis que firman la historia mayúscula, la de los manuales, la de los documentos orgánicos partidarios, la del marxismo y la del peronismo: sus dos grandes relatos de encono simbólico con el cual puede leer, majestuosamente, el presente continuo de los sectores más postergados, pero más activos, de la sociedad argentina y latinoamericana.”

Pacheco se llena la boca con “nuestra izquierda autónoma” porque entiende que la épica será colectiva y traerá en su memoria, en sus puños, en su sudor las experiencias de los fogoneros del 97, de los piqueteros del 96. Evidentemente, no tendrá ni la experiencia del MAS argentino, ni mucho menos de Izquierda Unida. Así como Negri funciona en esa matriz discursiva, Mark Fisher y las tesis del realismo capitalista se presentifican -los fantasmas, los de Pacheco- mirando piadosamente las movidas antiglobalización. Fisher las hará con Occupy London, Pacheco con la guerra en curso de baja intensidad que se vive en los barrios del conurbano profundo pero también con los pasos agigantados (atolondrados, ¿por qué no?) del movimiento de mujeres. Así titula el capítulo 1, “La era del realismo capitalista”, afirmando mediante una pregunta retórica que hay en la Argentina una situación de guerra y que la ausencia de referencias desde la caída del Muro y la derrota de la izquierda latinoamericana (el socialismo del Siglo XXI) motorizaron las contradicciones de clase y las alianzas con la pequeña burguesía. ¿Cuán inevitable fue el kirchnerismo para capitalizar la experiencia de la muerte del 19 y 20 de diciembre y de Puente Pueyrredón en 2002? El imaginario del kirchnerismo se inmiscuye en la factoría de subjetividades

en las cuales su propio discurso tanto confió: los jóvenes y las conducciones sindicales. Pacheco desconfía de esas potenciales luces. Por eso no le gusta -y me lo recordó aquel viernes 18 de julio en la presentación del libro- que se replique el concepto de cooptación cuando algunos movimientos sociales se sumaron al gobierno de Néstor. “Los pasivizás en su experiencia política”, me dijo, mirándome de reojo. El kirchnerismo, para Pacheco, promovió nuevas luchas populares que no podrían reducirse o sincretizarse en un ejército de planes trabajar. La santa trinidad (corte de ruta, asamblea y planes) que aún aplicaba en la primera primaverita kirchnerista suma puntos para pensar una democracia en derrota (un re-escritura que Pacheco hace de Alejandro Horowicz). Explicar la derrota significa leer la experiencia del 2001 aplastada en 2003 como un aleph. Para la “generación de la militancia”, esa que Drucaroff agenciaba unilateralmente a los setenta, el 2001 fue una revolución suspendida, contaminada por la fosilización de consignas bajo la órbita de los derechos adquiridos durante la presidencia de Néstor. Si los noventa dejaron la lucha por la territorialidad, ¿en qué campo se lucha o se luchó durante el kirchnerismo? Evidentemente, algo de la arqueología del discurso de Foucault podría colaborar para encontrar una respuesta. La gran lucha por los discursos, por los nuevos (¿pequeños?) relatos forma parte de esta, nuestra guerra.

En el porvenir del angustiante constructo macrista hay, sin embargo, un por-venir. Del #niunamenos (junio 2016) al feminismo “popular”, el precariado barrocamente construye un edificio de subjetividades y discursos que aún buscan los restos, las ruinas de esa potencia dormida para que Diego Sztulwark no tenga razón y estamos conviviendo la post-historia. Diciembre de 2017, para reactivar las mágicas fuerzas, es el período de muchas revoluciones de febrero quizás. Una sequía que se corta con la danza del “mortero” y que activa la memoria del cuerpo: el 2001 toma sentido. Pero, ¿cómo hacer de esas revoluciones de febrero un relato que oriente, que marque la agenda? Las críticas al FIT (Frente de Izquierda) y a Grabois (UTEP) son lapidarias: no estamos en tiempos de infantilismos. Será entonces, la plaza de aquel diciembre del 2017 la que sirva de paisaje para pensar una nueva izquierda autónoma con un nuevo lenguaje. ¿Cuál será el idioma de la izquierda popular que no se conforma con la tentadora escena de la burocracia estatal? ¿Cuál será el idioma de aquella izquierda popular que aún incorporando las luchas simbólicas de la Década Ganada no caiga en un retroceso de horizontes?

Lo que sí sabemos y nos interpela directamente es que *ese lenguaje será en la calle y con las banderas flameando.*